

La poesía de Marco Martos

Carlos Arrizabalaga

Universidad de Piura

Néstor Martos Garrido y Rosa Carrera de Martos fueron ambos profesores de varias generaciones de piuranos. Don Néstor fue también un connotado periodista y hombre público muy respetado en la provincia. Había nacido en Huancabamba el 26 de noviembre de 1904. Estudió su secundaria en Trujillo y completó en esta ciudad sus estudios superiores en pedagogía, muy cerca del Grupo Norte, junto a José Eulogio Garrido, Antenor Orrego y otros muchos intelectuales, luego de estudiar por dos años la carrera de medicina en la Universidad de San Marcos, en Lima. Periodista polémico, incisivo, son cientos sus artículos publicados en los periódicos locales, especialmente en *El Tiempo*, donde entabla una conocida discusión con Jorge Moscol Urbina sobre si la ataraxia podía ser la característica definitoria de los piuranos, como si ellos fueran también personajes de *El árbol de la ciencia* del español Pío Baroja. Fue uno de los profesores del Colegio San Miguel de Piura que Vargas Llosa destacaba en *El pez en el agua* (1993). Promotor de la Biblioteca Pública Municipal, que vería la luz finalmente unos años después, dejó un recuerdo imborrable entre sus paisanos. Escribió relatos históricos como “El correo de Gasca” y otras narraciones como “El cheque falso”, “La ciudad volante”, además de “Historia con anécdotas del Club Grau” y “Homenaje a Ignacio Merino”. Murió en Piura el 7 de noviembre de 1973.

Marco Martos Carrera nació en la calle Libertad del barrio norte de Piura en 1942, hizo sus estudios de primaria y secundaria en el colegio salesiano de la ciudad norteña y se trasladó a Lima para estudiar la carrera de Letras en la Universidad Católica y luego en San Marcos, donde se doctoró en Literatura y donde viene ejerciendo la docencia desde 1970 hasta la actualidad en que es profesor emérito. Fue también por un tiempo breve profesor en el Instituto Nacional de Arte Dramático de Lima (1965-1967), en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga de Ayacucho (1968-1969) y en la Universidad Nacional de Ingeniería (1970) y Profesor visitante en la Universidad de Stendhal de Grenoble (1987-1989).

En la Universidad de San Marcos ocupó distintos cargos administrativos, como Director de los programas académicos de Literatura, Lingüística, Comu-

nicación Social y Bibliotecología (1980-1984), Director del Instituto de Investigaciones Humanísticas (1995-2000), Miembro del Consejo Superior de Investigaciones (1998-1999), Miembro de la Oficina General de Admisión (1998-2000), y fue Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas por dos periodos (2000 y 2010). También ha dirigido la sección de letras de la Escuela de Posgrado y varias revistas, de las que persiste *Escritura y pensamiento*.

Fue también un destacado jugador de ajedrez, tema que dio lugar a uno de sus libros. En verdad su mayor dedicación –y pasión– es la poesía. Su vinculación a la poesía lírica desde que en 1965 publicó *Casa Nuestra* (reeditado en 1993),¹ que muestra cierto desasimio de la política y una gran nostalgia por su ciudad natal.

En 1969 publica otro libro de poemas: *Cuadernos de Quejas y Contentamientos* con el que obtiene el Premio Nacional de Poesía. Desde entonces no ha dejado de publicar más y más libros de poesía: *Donde no se ama* (1974), *Carpe diem* (1978), *Carpe diem. El silbo de los aires amorosos* (Lima, CEPES, 1981), *Muestra de arte rupestre* (Lima, INC, 1990), *Cabellera de Berenice* (1990), *Leve reino* (Lima, Peisa, 1996), *El mar de las tinieblas* (1999), *Sílabas de la música* (2002), *Jaque perpetuo* (2003), *Noche oscura* (2005), *Aunque es de noche* (2006), *En las arenas de Homero* (2010), *Biblioteca del mar* (2013) y *Laberinto de amor* (2014).

Sus poemas intentan explorar la sensibilidad humana en distintos ámbitos vitales: el amor, la amistad, la comunicación, la nostalgia, la muerte o el paso del tiempo lleno de paradojas, con especial atención al ritmo y a las imágenes simbólicas, muy particularmente los colores con todos sus matices, como en el poema: “Natural mind”:

El mar que ahora es verde con escamas
Cuando se cansé será azul color índigo
Y su tiempo lo tendrás en la memoria
Dibujado en un pasado que no existe.

Gran parte de su poesía tiene como tema la mujer, tratada con delicadeza como el poema que da título a su libro *Cabellera de Berenice* (1990, 1992 y 1994)² –según el propio Marco Martos, quizás su libro más elogiado– del que extraigo los primeros versos:

¹ Lima, Ediciones de la Biblioteca Universitaria, 1965. Segunda edición en Colección Cuadernillos de Poesía Breve de Editorial Grano de Arena, Lima, 1993.

² La primera edición en Grenoble (Francia), Université Stendhal, 1990. La segunda en Trujillo, Municipalidad Provincial de Trujillo, 1992 y la tercera en Lima, Serglosa editores y Editorial Colmillo Blanco, 1994.

Todo el tiempo me pareces un sueño
que camina, que sale de sus mares naturales
y entra en la vida causando asombro.
En tu sonrisa percibo el encanto que ejerces
y el desencanto tuyo, por ahí,
en una veta profunda;
Tú, tan concreta, tan evanescente
(esas contradicciones)
es en el dolor donde mejor
te muestras. Te he visto sufrir,
Berenice, ¡y de qué manera!,
pero has estado serena en esa oscuridad,
y es que tienes luz propia
y para ti no hay negro pozo.

En ese mismo libro entabla conversaciones con amigos del presente y sombras del pasado, y viajes poéticos a Al Ándalus y al Oriente. Progresivamente va haciéndose eco también de los clásicos de la literatura castellana y universal, que se manifiesta ya abiertamente *El mar de las tinieblas* (1999), en que el poema inicial, que da título al libro, construye una paráfrasis de la *Carta moral a Lucilio* de Séneca, comenzando con estos versos:

Solitario y débil,
el buey viejo
quiere pasto tierno
y los hombres,
no muy diferentes,
somos alimento
diario de la muerte.

En este libro dedica unas magníficas coplas de pie quebrado a su padre, tan recordado en Piura, rescatando del olvido esta estrofa de honda raigambre castellana como el que dice: “Recuerdo el gesto valiente”. Ricardo Ayllón ha señalado que Martos:

es consciente de que la tradición, la poesía de ayer, sostiene y ha sostenido a toda la poesía que se ha hecho siempre, pero cuyo lenguaje tal vez sea necesario actualizar; es decir: el contener la gran tradición de la lírica mundial en una nueva voz cuya singularidad sea posible de sostener también en las formas modernas.³

³ En “Viento del Perú, un nuevo repaso antológico de Marco Martos”, publicado en la página electrónica de librosperuanos.com (2014).

En efecto, la búsqueda de la forma poética en Martos no se limita al idioma castellano. También dedica poemas a Dante Alighieri o a Charles Baudelaire, y nuevamente escribe poemas sobre ciudades distantes y viajes soñados: “En la ilusión de lo real / el fuego desconocido / alumbra al fuego conocido”, dice en *Lo real imaginado*. Pero también hay poemas en torno al Perú y a Lima, ciudad a la que dedica versos cargados de sentimientos encontrados de amor y diatriba.

De paso que la blancura a la que hace referencia el poema es una alusión a la muerte que no entenderán los que no han leído Moby Dick, la ballena blanca de Herman Melville, quien vio en Lima no sólo “la ciudad más triste que pueda contemplarse” no tanto por sus muros que “se apoyan unos con otros como castillos de naipes”, sino “por su velado tono blanco, aumentando la blancura el horror de su angustia”. Es una Lima literaria pero también real la que ostenta un cielo blancuzco y mortecino, “un cielo sin lágrimas”, como recordara el desaparecido Carlos Eduardo Zavaleta.⁴

No es el único poema que Marco Martos dedica a Lima, ciudad que lo ha acogido en su larga trayectoria, pero que nunca le ha hecho sentir el cariño y la comprensión que manifiesta por su tierra natal:

En Lima hay un desprecio
por las gentes de otros lares
a la larga uno añora
a su pueblo, a su gente, a sus calles.

Decía en un poema de 1965 en que el desarraigo, el desamor, la soledad y el escepticismo cobraban protagonismo. La distancia es una fría espada que penetra al igual que el tiempo en la memoria del poeta, pero un Marco Martos ya adulto y afianzado en cierta religiosidad que lo reconcilia de algún modo con sus padres, finalmente no cae en la desesperación sino que valora la vida con serena complacencia, como se revela en varios poemas de *Cabellera de Bérnice* (1990), donde tiene otra vez una presencia especial el color.

Los matices tienen en la poesía de Martos una presencia constante. Nuevamente Martos publicó en 1999 un centenar de poemas bajo el título *El mar de las tinieblas*, en que rinde tributo a escritores como Kawabata, Juan Ruiz, Quevedo, Góngora, Eguren, Vallejo, Kafka, Mallarmé, Rimbaud y muchos otros, asumiendo su voz y su universo en momentos tan precisos como imaginarios. El segundo de los tres en que anima al premio Nobel japonés Yasunari Kawabata (1968) describe el brindis del novelista por la *Danzarina de Izu*, título de su obra primera. Suenan los timbres y las turbinas en la debacle de 1945 y la voz

⁴ “Estuardo Núñez y la teoría sobre Lima de Herman Melville”, en el *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 39, 2005: 129-137.

del poeta se despiden de color amarillo, color del vino de arroz y las espigas de cebada y los ojos color de la miel de la mujer que alienta a continuar el camino de la vida.

Negro como el carbón, blanco como la nieve, rojo como un tomate, verde esmeralda, azul marino o celeste, color naranja, color plomo, color miel; los colores reciben el nombre de las cosas porque el lenguaje nace de la realidad misma, de la atenta observación de las cosas. Los colores tienen algo de las cosas.

En lenguaje mochica “fakan mirles kapak”, anotó el alemán Enrique Brüning, servía para decir “negro como la miel”, y es que “sale muy oscura” la miel de palo de las abejas de la costa norte que gustan de hacer sus colmenas en la arena o los troncos de los algarrobos; no es amarilla sino negra como el toro y el guardacaballo, que también se llamaban “fak” y “faka tsark” en la antigua lengua de Lambayeque, así como “fakúnek” se decía en mochica al día negro en que ha de respetarse el duelo de un difunto.

Lenguas y culturas diferentes en la inmensidad del orbe. Al otro lado del océano el color de la miel pertenece al emperador y la muerte es blanca como la línea “de espuma blanquísima, vena del mismo mar que acaso escribe”, dice Martos, con que Yasunari Kawabata se despiden. ¿Y acaso la poesía pueda decirse en todos los idiomas, sin traducirse?

Marco Martos ha permanecido esquivo de la política: “Subir y bajar la corriente / no es oficio a mis huesos consagrado” decía en *Casa Nuestra*. Pero no oculta su preocupación por la realidad, como en el poema *Retablo*, en que se observa una lectura moral de los terribles años de la violencia terrorista. Hay muchas sombras en la realidad que afloran en su poesía pero no lo derrotan. Predomina en su poesía la esperanza de concordia y la memoria del cariño, especialmente de los paisajes que han marcado su existencia. En *Cabellera de Berenice* (1990) ofrece además un poema realmente hermoso, que expresa concisamente su amor por la patria y define muy bien su talante franco y sencillo.

Su poesía se ha calificado como emotiva y a la vez rigurosa, en una tensión por lograr “versos concentrados y transparentes”. En su poesía ha practicado estrofas clásicas (silva, soneto, sextina, lira), además de los versos libres, pero siempre con un estilo muy personal y alejado de toda escuela o moda literaria. Se le suele adscribir a la generación del 60, y los poetas de Hora Zero, en la generación siguiente determinaron que él era uno de esos poetas que la nueva poesía debía liquidar, a lo que él responde con cierto humor que podría decirles eso de que “los muertos que vos matasteis gozan de buena salud”.

La sobriedad de sus poemas y la brevedad de sus libros (muchas veces cuadernos) calzan muy bien con su personalidad sencilla y franca, un tanto jovial y siempre abierta a continuar una búsqueda individual de conocimiento y belleza. La seriedad con la que afronta el quehacer poético se muestra particularmente cuando recita poesía, no necesariamente de su creación. Muchos poe-

mas son metapoemas. Sus influencias son múltiples y no sabría identificarlas plenamente. En una entrevista que le hicieron Hidebrando Pérez y Carlos Garayar, Martos afirmaba que "la poesía siempre es un milagro".⁵ Y entre sus influencias señalaba autores muy diversos:

Hay un poeta al que leo poco pero con el que me siento totalmente afín, que es Quevedo. Y tratándose de autores antiguos, el Arcipreste. Pero generalmente un joven cuando empieza a escribir poesía lee a los autores modernos; un autor que influyó en mí, digamos espiritualmente, es Bertolt Brecht; otro es Kafka, que no es necesariamente un poeta. También los poetas españoles del 27, pero a través de Cernuda, por ejemplo, uno llega a la poesía anglosajona. Del siglo XIX el autor que más admiro es Baudelaire y después Rimbaud. En el siglo XX el trabajo de Eliot me parece extraordinario, incluso más que Pound; finalmente, Eliot es más original. En la poesía latinoamericana, un poeta de estirpe quevediana que también me toca mucho, fuera de Vallejo y los cinco o seis fundadores, es el chileno Gonzalo Rojas. Y, bueno, entre los peruanos los poetas que me gusta mencionar son Moro, Eielson y los poetas del 50, en general.

Sus libros siempre han tenido una circulación escasa, casi entre amigos, aunque Peisa editó en 1996 una antología de su poesía con el título *Leve reino (obra poética 1965-1996)*, que le permitiría ser más conocido a nivel nacional y también fuera del país. Desde su primer poemario hasta hoy no ha dejado de componer versos. Incluye un prólogo del autor donde califica sus creaciones como "pequeños pájaros efímeros". En fin, editada por la Universidad de San Marcos para los estudiantes universitarios, *Dondoneo* (2004) constituye una antología personal donde Martos reúne 102 poemas significativos de su obra.

Uno de sus últimos libros, *Aunque es de noche* es un conjunto de poemas que contienen la vertiente espiritual de Martos, en que se vincula precisamente con la tradición religiosa cristiana. Verdaderamente se trata de una búsqueda de Dios en la palabra poética, a través de la razón y la belleza. Parte del libro contiene también "una meditación sobre las religiones que siendo diferentes y muchas veces opuestas históricamente, suponen una misma apetencia de lo divino que acompaña a buena parte de la humanidad". En los últimos años ha incursionado también en el cuento con *El monje de Praga* (2003).

En el ámbito intelectual le han interesado en primer lugar los poetas peruanos del siglo XX, comenzando por César Vallejo, al que dedicó su tesis doctoral en 1974: "La poesía amorosa de César Vallejo en Los heraldos negros y Trilce", además del estudio, en coautoría con Elsa Villanueva: *Las palabras de Trilce* (1989), y finalmente *Poética de César Vallejo* (Lima, Cátedra, 2014). En Martos destaca la preocupación por lo que hay de tradicional y de original en la obra del poeta de Huamachuco. En la entrevista mencionada Martos afirma:

⁵ <http://www.resonancias.org/ns/content.php?id=287&style=1>

América Latina es el único continente que tiene una literatura supranacional, con características comunes, y dentro de ese panorama, en el terreno específico de la poesía, Vallejo es la más alta expresión en el siglo XX de esta totalidad.

También se ha ocupado de Carlos Germán Belli, nuevamente para auscultar la presencia de la tradición y la modernidad en su poesía,⁶ y preparó la obra reunida del poeta vanguardista Xavier Abril en una edición de la Universidad de San Marcos que Marco Martos tituló *Poesía soñada*. Igualmente se ha interesado por la poesía de Blanca Varela,⁷ y por Emilio A. Westphalen,⁸ igual que por Cervantes y el Quijote.⁹ Es asiduo colaborador de revistas literarias y espacios culturales, donde se ocupa de los más diversos escritores, y dirige desde hace muchos años un taller de poesía en su Alma Mater.

Siempre le ha interesado el psicoanálisis y su segunda gran vocación en la vida es el ajedrez. No suele hablar mucho de sí mismo y en todo caso rehúye las ansias de notoriedad, considerando que “el poeta y la poesía se acomodan mal a la sociedad contemporánea capitalista y que felizmente la poesía, al contrario de la novela, no se ha convertido en una mercancía, y que eso permite que la poesía, si bien circule muy poco, llegue con una intensidad con que difícilmente llega, casi diría, cualquier otra manifestación artística”.¹⁰ Pero no rehuye las tertulias, las presentaciones y ferias de libros, y colabora con frecuencia en revistas culturales.¹¹

El 2 de setiembre de 1999 Marco Martos fue incorporado a la Academia Peruana de la Lengua, y Luis Jaime Cisneros lo presentó reconociendo en su obra:

La originalidad en busca de la tradición. No importa que el poeta se vea desatendido por muchos lectores. Son cosas a las que las variantes de la sensibilidad lingüística y literaria nos tienen acostumbrados.¹²

Cisneros recordó entonces una cita de T. S. Eliot: “A través de los escritores vivos sobreviven los muertos”,¹³ para expresar que Marco Martos es uno de

⁶ “Tradición y modernidad en la poesía de Carlos Germán Belli”, en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 43, 2007, pp. 89-106.

⁷ “Apuntes sobre la poesía de Blanca Varela”, en Juan Andreo GARCÍA (ed.), *Historia de las mujeres en América Latina*. Murcia, Universidad de Murcia, 2002, pp. 447-456.

⁸ Emilio Adolfo WESTPHALEN, *Poesía completa y ensayos escogidos*. Edición, prólogo y cronología de Marco Martos, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.

⁹ “Reflexiones sobre Cervantes, Quijote y Sancho”, en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 40, 2005, págs. 39-71.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Escribe habitualmente, entre otros, en el cultural de *El Comercio*, en el boletín *Chasqui* del Servicio de Relaciones Exteriores y en la revista de la Biblioteca Nacional *Artes y letras*.

¹² <http://www.resonancias.org/ns/content.php?id=286&style=2>

¹³ *Sobre la poesía y los poetas*. Buenos Aires, Sur, 1959, pp. 14-15.

los poetas que mejor han sabido entender a la literatura peruana como entroncada en una larga tradición que se renueva no solamente porque proviene de Juan Ruiz, Fray Luis de León o Quevedo, tanto como del simbolismo de Rimbaud o Baudelaire y de otras muchas fuentes.

Su obra se ha publicado recientemente en otras dos antologías: *Viento del Perú. Antología personal. Poesía 1965-2013* (2014) y *Obra reunida. Poesía junta* (2012). También ha publicado en un libro un conjunto de sus artículos y reflexiones: *En las fronteras de la poesía Ensayos literarios* (2012).

El 5 de mayo de 2005 fue elegido Presidente de la Academia Peruana de la Lengua (en el año 2014 le sucedió en el cargo Ricardo Silva), y en su discurso de recepción trazó algunas de las líneas fundamentales con que dio un gran impulso esta antigua institución: la organización de reuniones académicas de Lexicografía y Lexicología, una página electrónica para la Academia con reseña de los miembros de la institución y donde puedan tener cabida artículos y consultas sobre peruanismos. Así también realizó ediciones de las actas de los congresos y promovió un equipo para la elaboración de un gran *Diccionario de peruanismos* (se acaba de publicar en abril de 2016), para el que llegó a contar con doce lexicógrafos bajo la dirección del peruanista español Julio Calvo, que llevó a cabo el proyecto pese a obstáculos y deserciones hasta el final.

Gracias a esta reciente notoriedad Marco Martos ha concedido entrevistas a periódicos y revistas, ha acudido a cuantos certámenes y congresos le han invitado para hablar de la lengua que hablamos y estimamos, ha llevado la palabra del Perú a las ondas de la radio y a los auditorios de muy diversos países de habla hispana y también, muy especialmente, a los jóvenes estudiantes, para conversar amicalmente sobre el idioma, los escritores, la poesía y los poetas que conoce y recita quizás como ningún otro profesor del Perú.

Con desusado interés

Con desusado
interés
leo libros y revistas
sobre
la cuestión social
pero no visito
las barriadas
ni quiero alfabetizar.
Cargado
de dudas
digo mi palabra
a los que buscan
mi amistad.
Qué puede importar
lo que pienso
a todos los demás:
yo no hablo
de barquitos
ni hago
juego intelectual;
escribo
para calmar
mis nervios,
casi por necesidad.

Triunfo

De los ruidos,
de los golpes,
de tranvías,
del fondo de mis pelos,
como un triunfo aflora

el deseo de volver a mi pueblo
que fue pequeño
y que ahora ha crecido
según dicen mis hermanos.
Después de todo son preferibles
las tertulias familiares.

De *Casa Nuestra* (1965)

Pareja

Como hablando francés
a quien entiende castellano,
o como balbuceando castellano
a una oreja italiana,
o como gritando italiano
en una plaza de Lisboa,
o como leyendo portugués
en un congreso rumano,
así permanecemos nosotros,
duros para lenguas extrañas,
juntos sin embargo durante un día,
un mes, un siglo de pesadilla o sueño.
Todo lo recuerdo,
todo lo confundo,
todo lo olvido.
Sequedad
¿me perdonas?

De *El silbo de los aires amorosos* (1981)

Matacaballo

El mar es verde
y el palo de la balsa

amarillo en el agua,
blanco con el sol.
Las muchachas
que recogen el pescado
o las que vienen de Piura
tienen genes vicús,
míralo en esa piel bruna,
ni trigueña ni negra,
dorada por el sol.
El muelle desvencijado
tiene veinte años
y más viejo parece,
nacido con el mar.
Aquí vine con mi padre
siendo adulto ya,
comimos aquí guitarra,
hablamos de El Chilcal,
del pequeño ídolo negro
de Narihualá,
del cementerio de Chusís.
Aquí vengo ahora
con mi hija
y le enseño lo que sé:
las ballenas de la Antártida
llegan a Paita,
a las frías y azules
aguas de la infancia,
a Mataballo jamás,
las rayas salen a la orilla
con la marea baja,
picadura de raya,
duele, duele;
en las arenas de Piura
algarrobo o tamarindo,
zapote siempre habrá.

Aquí vengo
con mi hija
y mañana
ella con su hijo tal vez.
Matacaballo. El sol.

Luna de Paita

Cuando clarea el cielo y se apaga la luna,
el plomo del mar traspasa las farolas del malecón,
atraviesa la delgada bruma del día que principia,
cruza los vidrios del ventanal y anida
en los ojos insomnes del niño en el alféizar.
Los trajes descoloridos, colgados
en la percha, semejan guerreros silenciosos
aguardando en la penumbra. Una voz enfurruñada
dice algo y al rato otra vez la sombra inquieta,
trepada en el alféizar, atisba a los viandantes
que hacen la jornada: pescadores descalzos,
soñolientos transeúntes que caminan
hacia el muelle donde embarcan las reses
y el sol que nace detrás de los cerros
y tiñe las aguas de oro y de rosa.
Inacabable es el día hasta que aparezca la luna
para ambular desde Pueblo Nuevo hasta La Punta
recogiendo brillantes caracoles,
estrellas de mar hieráticas por siempre,
historias de aparecidos, de Francis Drake
y de mujeres. Y mientras el mar se torna
verde y azul, pareciera que este tiempo
suspendido está libre de la muerte.

El Perú

No es éste tu país

porque conozcas sus linderos,
ni por el idioma común, ni por los nombres
de los muertos.

Es este tu país,
porque si tuvieras que hacerlo
lo elegirías de nuevo
para construir aquí
todos tus sueños.

De *Cabellera de Berenice* (1990)

1

Recuerdo el gesto valiente,
tu caminar tan sereno,
tu vigor,
tus saludos a la gente,
tu manera de ser bueno,
tu rigor.

Bajo el sol del mediodía,
sombra de los algarrobos,
nos hablabas,
tu suave, serena guía,
provocaba los arrobos;
y cantabas.

2

Es un enorme misterio
que tanta gente te quiera,
que me pida
que escriba de ti muy serio,
que dure nuestra madera,
nuestra vida.
hago lo que puedo, algo

de lo que tú me enseñaste
con tu ejemplo,
y nunca jamás me salgo
de aquello que tú forjaste
en el templo.

Diatriba y amor a Lima

Altas cúpulas,
callejuelas estrechas
de tenderetes multicolores,
pulular de gente
en los atardeceres de verano
y el velo blanco de la muerte
que vio Melville.
Lima semeja a un fantasmal,
horrísono y descascarado barco
a la deriva, imagen real
de la decadencia, algarabía
de cornetas y bocinas,
grito presuntuoso del animal
que vive en cada hombre.
Lima está colmada de basura,
de validos y paniaguados,
de gente mezquina
que ha sentado sus reales
en todos los grupos sociales
y que saca ventajas de cualquier
ligero privilegio.
Pero aún así la queremos
como al pariente baldado
al que se protege
con la secreta esperanza
de un día curarlo
para siempre.

Tiene sus misterios
escondidos, lugares
que son verdaderos oasis
para el viandante fatigado.
Y hay amigos, amigos de verdad
en medio de la marea vocinglera.
Y puedes encontrar amor,
Diógenes, si lo buscas
con tu linterna.

De *El mar de las tinieblas* (1999)

Retablo

En un tiempo viví en Ayacucho,
rincón de muertos que lo llaman.
Salí de allí, por azar, en 1970,
diez años antes del comienzo
de la hecatombe.
Vi la miseria con mis propios ojos
en el Parque Sucre, San Juan Bautista.
Acuchimay, en el mercado,
y penetrando por las rendijas
a las mismas casas de los ricos,
mendigando. Algunos
de mis conocidos de esos años
están muertos o en prisión
o andan por el mundo
como kamikazes locos
matando y dejándose matar
por los soldados.
No hablo de los jefes. De ellos no hablo.
Conocí a un niño que murió
en la isla El Frontón en 1986, siendo hombre,
con trescientos de los suyos, asesinado.

Tuve un amigo periodista
que fue a Ayacucho en 1983
en misión de servicio y junto
con siete compañeros,
en Uchuracay, murió asesinado.
Pero los hombres de la costa cuando mueren
tienen un nombre, una lápida,
recuerdos, flores; los campesinos
cuando mueren son números asesinados.
Pienso también en los soldados
que los llevan desde tan lejos
(Saposa, Iquitos, Tumbes)
hasta Ayacucho a morir baleando.
No me hables de la música de Huamanga,
ni de la tersa piel de sus mujeres,
ni del cielo lapislázuli.
Ayacucho es la sombra de la muerte,
una escalera interminable de cadáveres,
la muerte misma trepando hasta mi corazón
que vive todo el tiempo agonizando.

Penumbra

La luz de la lámpara ilumina
el centro de la habitación y forma
un círculo en medio de las sombras.
Hay una zona de penumbra
donde se dibuja el perfil del hombre,
sentado frente a la máquina de escribir.
Un ventilador corta la noche del verano
y hace un ruido imperceptible
como el de un insecto sabio
que convive con gente
que no lo quiere.
El individuo permanece quieto.

Parece una estatua en medio de la niebla,
mirando el fondo del valle
desde lo alto de la montaña,
distinguiendo un río,
hilo de plata hondo.
Lo miro desde lo oscuro
y permanezco callado.
Un moscardón viene desde la calle,
enceguecido se lanza como una bala
al centro de la luz
y luego cae, panza arriba, impotente.
Ahora las manos como rápidas
mariposas veleidosas van y vienen
por todas las teclas
o reposan en la mesa
antes de súbitos vuelos.
Ignoro lo que escriben
pero sé que es lo valioso,
que gracias a esas letras
que mañana saldrán en el diario
habrá alegría en los corredores de mi casa,
y las personas que se crucen con mi padre
en la calle, le dirán que es bueno
lo que dice, y verdadero,
y él vendrá donde nosotros a contárnoslo.
Ya me veo en mi bicicleta
en medio de las casas de quinchas,
por pistas adoquinadas o de asfalto,
bajo el sol terrible
o bajo los algarrobos
o en la plácida noche que comienza,
llevando el artículo de mi padre
al periódico, silbando. Tantas veces.
Silbaba entonces, y silbo todavía,
agradecido, cuando mis manos

vuelan como mariposas
y escribo lo que quiero,
mientras mi padre
entre las sombras,
en lo más oscuro,
aguarda sonriendo.
Desde la alta montaña,
metido en el aire puro y en las nubes,
mi padre
mira a lo lejos,
al fondo del valle de lágrimas.
Su voz me llega como un susurro
que me corrige despacio despacio
cada línea.

De *Dondoneo* (2004).